

**UNA PLAZA. MUJERES OBSERVADORAS
(Y OBSERVADAS) EN UN BURDEL DEL SUR DE BOGOTÁ**

SAMUEL ASDRÚBAL AVILA GARZÓN*
Universidad de Cundinamarca

*samuelavila@77hotmail.com

Artículo de investigación recibido: 31 de marzo del 2014 · Aprobado: 15 de abril del 2015

RESUMEN

Este artículo es una descripción etnográfica del proceso de “cacería” de clientes por parte de las trabajadoras sexuales, en el contexto social de Cuadra Picha, al sur de Bogotá. Para ellas, observar es aprender a sobrevivir en el trabajo sexual y del trabajo sexual. En sus experiencias ellas reúnen años de conocimiento y múltiples vivencias en la prostitución, en una zona donde en las noches, aparte del control policial, también se siente el control social que ejercen las bandas criminales. Allí, muchos de los clientes potenciales de estas mujeres integran los grupos involucrados en el conflicto armado y en la violencia en Colombia.

Palabras clave: burdel, cacería, conflicto y violencia en Colombia, Cuadra Picha, observación, plaza, trabajo sexual.

A PLAZA: WOMEN WHO OBSERVE (AND ARE OBSERVED) IN A BROTHEL IN THE SOUTHERN AREA OF BOGOTÁ

ABSTRACT

This article is an ethnographic description of the process of clients' "hunting" used by sexual workers in a social context called Cuadra Picha located in a southern area of the city of Bogotá. For them, to observe is to learn to survive in sexual work and out of sexual work. In their experiences they have accumulated years of knowledge and multiple experiences in prostitution-related activities in an area where police control is not only present during the nights but one can also notice social control exerted by criminal gangs. Many of these women's clients are current members of the armed groups that are part of the Colombian armed conflict and violence.

Keywords: brothel, hunting, conflict and violence in Colombia, observation, plaza, sexual work.

UMA PRAÇA. MULHERES OBSERVADORAS (E OBSERVADAS) NUM BORDEL DO SUL DE BOGOTÁ

RESUMO

Este artigo é a descrição etnográfica do processo de "caça" de clientes por parte das trabalhadoras sexuais no contexto social de "Cuadra Picha", no sul de Bogotá (Colômbia). Para elas, observar é aprender a sobreviver no trabalho sexual e do trabalho sexual. Em suas experiências, elas têm anos de conhecimento e múltiplas vivências na prostituição, numa região onde, durante a noite, além do controle policial, também se sente o controle social que os grupos criminais exercem. Lá, muitos dos clientes potenciais dessas mulheres integram os grupos envolvidos no conflito armado e na violência na Colômbia.

Palavras-chave: bordel, conflito e violência na Colômbia, "Cuadra Picha", observação, praça, trabalho sexual.

1. NOTA INTRODUCTORIA

La generación de conceptos en este artículo está relacionada con un asunto ético (Mutman 2006): buscar las palabras que mejor se acerquen a la realidad de las personas con quienes se investigó. Pero, contrario a la literatura, se busca que lo producido no sea ficción, y que se entienda el sentido y la importancia de la escritura: no se escriben palabras —“datos”— para suplantar la realidad, ni para mejorarla ni para maquillarla. El texto antropológico es solo un puente que actualiza una realidad: está ligado a una tradición disciplinaria y será modificado con el tiempo. Dicho texto expresa el carácter de la distancia que tuvo el profesional con el campo. En ocasiones, el texto se convierte en un relato académico, como punto de referencia sobre la comunidad de la que se habla, que se impone sobre ella, sin que necesariamente la comunidad se refleje en él. Esto ocurre cuando las categorías que se usan para describir a esa comunidad son creadas desde el universo epistemológico del antropólogo, desde otra realidad histórica y geográfica y se les aplica sin reflexión previa. Uno de los orígenes de la superficialidad de ese relato es su pretensión de que la realidad se puede atrapar mediante un conjunto de datos. La simple conversión en datos de la praxis de las personas en otra cultura es una posición arrogante (Fabian 2002).

En las páginas siguientes denomino a las personas con quienes trabajé como *trabajadoras sexuales*. Ellas también emplean la palabra ‘puta’ en algunas circunstancias de su cotidianidad—, la palabra ‘prostituta’ —quizá el término menos empleado por ellas— y el verbo ‘putear’ —el modo en que ellas nombran a su oficio. Son mujeres que me hablaron de su trabajo desde “adentro” y lo hicieron sin eufemismos. Mi presupuesto, después del trabajo de campo y la lectura de testimonios de las experiencias de vida de estas mujeres, en diversos lugares del mundo (Kelly 2008; Luna 2004; Celis 2002; Jeffreys 1997; Rubin 1986), es que algunas utilizan los eufemismos por pudor si no tienen confianza con quien conversan, llámese investigador social, periodista, policía o funcionario del Gobierno. También temen profundizar la discriminación y los estigmas de ‘bruja’, ‘malvada’, ‘diabla’, ‘criminal’, ‘sucia’, ‘infectada’ e ‘inmoral’, presentes en el uso que la palabra puta tiene como insulto en la sociedad colombiana y en muchas otras de la cultura occidental (Rubin 1986)¹. Sin embargo, cuando cambia

1 Existe otra circunstancia en la cual, algunas trabajadoras sexuales que cobran elevadas sumas de dinero a sus clientes, prefieren autodenominarse *escorts* o

la perspectiva de la reflexión sobre sí mismas, como ocurre cuando ellas dejan su labor, o sin dejarla, y analizan su historia, entonces la apreciación que tienen de las palabras prostituta y puta puede ser otra. Ello va a la par con el comienzo de sus luchas políticas, como las que emprendieron en Colombia y en diferentes países del mundo, con el propósito de reivindicar sus derechos (Hammond 2010; Nieto 2010; Berkins y Korol 2007; Jeffreys 1997). No me extiendo en este punto porque no es el objetivo del artículo. Solo recuerdese que un término adecuado para nombrarlas es el que incluya atributos que en las palabras puta y prostituta no están, como el hecho de que lo que ellas hacen es un oficio, que debe estar amparado por los mismos derechos que tienen las personas en otros trabajos (Day 2009; Venema y Bakker 2004; Ehrenreich y Hochschild 2003; Lagarde 2003; Overall 1992). Así mismo, debe tomarse en cuenta que los términos puta y prostituta llevan implícitas formas sutiles de discriminar y representar por medio de las cuales se naturaliza el maltrato o se romantiza su condición por parte de amplios sectores, incluso institucionales, como ocurre en Colombia y en otros países (Lienas 2006). Unido a esto, no sobra advertir que ellas en sus vidas sienten una doble presión: 1) dedicarse a un trabajo que es riesgoso, en mayor o menor grado, para su integridad física y emocional; 2) y vivir en una cultura patriarcal que les impone un dominio en el discurso acerca de lo que deben ser como mujeres, lo que debe ser su sexualidad, y lo que pueden o no hacer con sus cuerpos, presión que varía dependiendo de la clase social, la edad, la procedencia étnica y la profesión que tengan (Hammond 2010; Zheng 2009; Lagarde 2003; Marting 2001; Jeffrey 1997; Rubin 1986).

2. EL OBJETIVO

En el suroccidente de Bogotá, Colombia, existen *burdeles*² habitados por mujeres, que cada noche encarnan diversas identidades, de acuerdo con las fantasías sexuales de sus clientes. Estas mujeres tienen entre

acompañantes, para indicar que el hecho de que sus clientes sean personas adineradas hace que su trabajo no sea comparable al de las mujeres cuyos clientes son personas de bajos recursos. En este caso, el uso del eufemismo “acompañante” viene por parte de ellas mismas.

- 2 Los burdeles son sitios de descanso y de escondite para los delincuentes y los combatientes, debido a que el comercio sexual, la explotación sexual y la trata de menores con fines sexuales, en Colombia, son renglones que alimentan la economía de los grupos irregulares en exteriores legales con interiores clandestinos.

edades entre los 20 y los 35, y llevan varios años de experiencia en el oficio. Ellas son independientes, en el sentido de que no deben darle parte de sus ganancias a un “chulo” (proxeneta) o a la mafia³. Ellas comparten una característica: son nómadas, en el sentido de que, por razones económicas y de seguridad, cambian a menudo su lugar de trabajo, al cual denominan “plaza”. En consecuencia, lo que aquí se dice de ellas tiene que ver única y exclusivamente con esa dimensión de sus vidas en la que ejercen el trabajo sexual.

La plaza (que puede ser un pueblo, una ciudad, una parte de la ciudad, un sector rural), comprende al burdel y al contexto en el que está ubicado el trabajo. Para ellas, conocer una plaza significa, entre otras cosas, saber quiénes ejercen la autoridad, si se tiene en cuenta la disputa por el control territorial de parte de los actores armados del conflicto en Colombia (Steiner 2009; Rettberg 2006; Guzmán, Fals y Umaña 2010; Valencia et ál. 2005; Sánchez 2003; González 2002). Conocer la plaza también significa observar quiénes y cómo son sus compañeras de trabajo, así como quiénes y cómo son sus clientes⁴, para que la “cacería” de los mismos llegue a feliz término. De modo que la pregunta a la cual responde este artículo es precisamente: ¿qué observan ellas cuando observan? Para lograrlo, se describe la plaza y el burdel, explicados en términos de las redes de relaciones económicas, de amistad, de amor, de odio, de complicidad y de vigilancia que se tejen entre las trabajadoras sexuales y los demás trabajadores del burdel en el proceso de cacería.

3 Estas trabajadoras sexuales se diferencian de las que son callejeras, esto es, de las que se paran en la calle a “cazar” clientes, porque trabajan en burdeles, lugares legales donde se ejerce la prostitución (Ariza 2010). Un burdel en Colombia generalmente tiene una pista de baile, rodeado de un espacio de mesas donde las trabajadoras sexuales se sientan con sus clientes, y una barra desde la que se expide el licor; en la parte de atrás, el burdel dispone de cuartos o reservados en donde las trabajadoras sexuales prestan sus servicios sexuales (Ariza 2010; Ávila 2014; Luna 2004).

4 Conocer la plaza también significa para ellas saber establecer relaciones económicas y de amistad con los vecinos de los alrededores del burdel, tema que se trata en este artículo.

3. LA PLAZA

Bogotá es una metrópoli con 7.500.000 personas (DANE 2011). El sur de la ciudad, en el imaginario de muchos de sus habitantes, es asociado tradicionalmente con los barrios más pobres y peligrosos —por su relación con el crimen—, y el norte con los barrios de la élite y, por tal motivo, menos peligrosos (Red Bogotá 2011; Uribe-Mallarino 2008).

La Zona Rosa del sur de Bogotá (también existe una Zona Rosa en el norte), ocupa varias manzanas de la avenida Primero de Mayo —vía que comunica el suroriente con el suroccidente de la ciudad—. Cerca de la intersección de dicha avenida con la avenida Boyacá, se encuentra un centenar de sitios en los que es posible bailar diferentes tipos de música, desde el reguetón hasta el rock, dependiendo de la especialidad musical de cada uno⁵. Allí también existe una veintena de lugares dedicados a la prostitución femenina⁶, que se reconocen fácilmente porque en sus anuncios, colocados encima de las puertas de entrada, se ven mujeres desnudas o semidesnudas, cuyos cuerpos distan de parecerse a los de las mujeres que se trabajan allí.

En esta zona, el sector de mayor afluencia de público es una cuadra de cien metros de largo que tiene el mote de Cuadra Picha⁷, aunque

5 Este sector, está ubicado en una de las localidades que presenta mayor número de homicidios en Bogotá. Durante los últimos años, analistas y autoridades dan cuenta de consumo, tráfico de estupefacientes, decomisos de armas y de licor adulterado en los frecuentes allanamientos que realizan en la zona, y de las múltiples capturas de individuos con antecedentes penales (Avila 2015; SDP 2011; Bedoya y Oviedo 2008).

6 En casi todas las localidades de Bogotá hay lugares donde se ejerce el trabajo sexual femenino. En esta localidad en la que se enfoca el artículo, en la misma “plaza”, también existen lugares de trabajo sexual masculino y lugares *swinger*. Una localidad en esta ciudad está formada por un conjunto de barrios; en cada localidad hay sectores comerciales y, en ellos, junto a los demás establecimientos comerciales de todo tipo, se hallan los lugares de prostitución (Páez 2010). Las disposiciones por las cuales se reglamenta el uso del suelo en Bogotá y se regula el funcionamiento de las casas de lenocinio se aparecen en el Decreto Distrital 335 del 2009. Esto no quiere decir que todos estos establecimientos dentro de las localidades funcionen de manera legal.

7 ‘Picha’ o ‘picho’ significa podrido, aunque ‘picha’ también es sinónimo de borrachera y de pene. La palabra ‘pichar’ deriva de allí, y es sinónimo de tener sexo.

los comerciantes, la policía y los políticos, al referirse a ella, le dan el candoroso apelativo de Cuadra Alegre (Diago 2008). Sin embargo, nadie que acuda a la “fiesta” le da tal apellido a esa cuadra, en la que el bullicio es enloquecedor.

En Cuadra Picha entra en contacto un grupo humano diverso en sumo grado: jóvenes y adultos entre los dieciocho y los sesenta años, hombres y mujeres, estudiantes, obreros, empleados, ejecutivos, profesionales, desempleados, y personas al margen de la ley. “Llega aquí”, en resumen, “toda la puta sociedad de mierda”⁸.

En los alrededores de Cuadra Picha los burdeles permanecen abiertos de domingo a domingo, desde el mediodía hasta las tres de la mañana. Se diferencian en el mayor o menor lujo de sus instalaciones, en los precios del licor y en las características físicas de las mujeres que dicen tener. Aquellos lugares que prefieren en sus anuncios no describirse como burdeles sino como clubes nocturnos, tienen mujeres con los senos operados y el abdomen plano, y no las llaman putas sino “modelos” o “niñas”⁹. En los demás sitios, el aspecto físico de las mujeres se aleja del prototipo mencionado, y los precios del licor y del “rato” también descienden.

En Cuadra Picha, sin embargo, no hay burdeles; están en las cuadras aledañas, pero el trabajo sexual femenino existe de manera disimulada. Las mujeres que van de “cacería” a estos sitios visten a la última moda. Los *jeans*, tacones, escotes, el cuero, las minifaldas, actualmente están

8 Lina María. Entrevista. Bogotá, 11 de septiembre, 2010.

En realidad no es toda la sociedad pero sí una parte de ella. En estos burdeles las trabajadoras sexuales, —como Lina quien tiene 28 años, título universitario y 8 años de experiencia en el oficio— atienden clientes que pueden pagarse una cerveza a 4.000 pesos colombianos (1,8 dólares americanos), y que pueden pagar un “rato” (el tiempo durante el cual tiene lugar el encuentro sexual, 15 minutos) a 50.000 pesos (20 dólares americanos). Estas tarifas son marcadamente inferiores a las de los burdeles de lujo; igualmente, están lejos de ser las más baratas del mercado.

9 ‘Niña’ es el término con el que también se nombran, entre ellas, las jóvenes adolescentes en Bogotá. La expresión ‘niña’ como eufemismo de ‘puta’, es utilizado en una canción bailable del grupo mexicano Climax, que tuvo bastante éxito en Colombia hace unos años. El coro de la canción “El Za za za” dice: “mesa, mesa que más aplauda / le mando, le mando, le mando a la niña”.

de moda y pueden lucir así¹⁰. En este sector abundan los “jaladores”¹¹, que se dedican a convencer a las personas para que ingresen a sus respectivos bares, y les informan los precios de las bebidas y el tipo de rumba que se ofrece. Si alguien quiere atravesar esa cuadra, un viernes a las nueve de la noche, es detenido cada dos metros por estos anunciadores, que lo agarran del brazo para obligarlo a entrar a sus “chuzos”¹².

Cuadra Picha y los sectores vecinos de la avenida Primero de Mayo, constituyen, entonces, para las mujeres que se dedican al trabajo sexual allí, su “plaza”, el lugar en el cual, durante un periodo de tiempo, desarrollan sus relaciones laborales, sociales y económicas. Pero ellas también llaman “plaza” al burdel, su otro lugar de trabajo¹³.

4. LA CACERÍA: ELLAS OBSERVAN, YO OBSERVO

Trato de observar lo que ellas hacen, y para ello trato de aprovechar el conocimiento que he ido adquiriendo sobre lo que hacen, lo que dicen y cómo se comportan sus clientes. He compartido sus mesas durante muchas noches. He conversado luego sobre la cacería que he visto [...].¹⁴

Ella se acomoda en la barra o en una mesa, sola o en compañía de otras mujeres, y antes de decidirse a coquetear observa previamente a quien quiere convertir en su cliente. Mira la apariencia del hombre. Prefiere

10 Esta no es la ropa que usan cuando están en un burdel. En ningún burdel en este sector se encuentra a una mujer vestida con pantalón, excepto cuando acaba de llegar al sitio para comenzar su trabajo y está próxima a cambiarse.

11 Como se verá en las páginas siguientes, esta manera de nombrar “jalador” a quien pugna para que los clientes entren a un negocio, se aplica también a quienes realizan la misma actividad en la entrada de los burdeles.

12 De nuevo, en el lenguaje coloquial bogotano, ‘chuzo’ es sinónimo de bar, de cantina.

13 Si trabajan en un pueblo llaman “plaza” a este pueblo, o si trabajan en otra ciudad, llaman “plaza” a esa ciudad. Es necesario anotar que, en Colombia, algunos comerciantes de vestuario y de mercancías legales e ilegales, que tienen la costumbre de moverse por los pueblos o los barrios con sus productos, llaman “plaza” a sus lugares de trabajo. Plaza es, en las diversas escalas, el lugar de referencia.

14 Diario de campo, abril 16 del 2011.

que sea atractivo, que tenga una pinta interesante, llamativa, elegante. La pinta es el traje, pero también se refiere al aspecto físico (Gil 2008). Alguien puede tener buena pinta o mala pinta. Puede ser equivalente a aquello que Erving Goffman (2004) llamó rostro (*face*), la manera como el individuo, a través de su ropa, actitud y gestos comunica o cree comunicar la convicción que tiene de su valor social en un espacio en el que otras personas pueden leerlo. En Cuadra Picha, esa aproximación de Goffman es limitada porque la trabajadora sexual examina la pinta, pero también examina el “paquete” (los órganos sexuales masculinos). Y ve las caras.

Yo llevo de una manera sutil; siempre he llegado tan sutilmente cuando quiero ser divina; cuando quiero ser una cerda no hay poder humano que me calme, pero yo veo los perfiles, yo veo las caras, y yo primero los reparo, los reviso.¹⁵

Su primera frase es suave, sutil. Su segunda frase golpea: es vulgar, amenazante, da cuenta de su poder de transformación, y de que usa este poder a menudo (“cuando quiero ser una cerda...”). Una operación de conversión que se produce en una identidad paralela para la cual tiene una historia (Ricoeur 1996), si se tiene en cuenta que Lina, cuando no está en el burdel, sale bajo otro nombre y otro aspecto, y tiene otra vida que la vincula con un sector de la sociedad que no conoce su trabajo nocturno.

Luego de este primer examen, ella mira al hombre al que le ha “echado el ojo” de manera coqueta e insinuante. Esboza una sonrisa. Luego vuelve a mirar: deja que su mirada se encuentre con la de él durante unos segundos. Espera a que el hombre la invite. En la mesa consume licor y se sintoniza con el tema que le propongan. Eso es básico: simular que sabe del tema preferido por el hombre, para conversar.

La cacería, desde siempre, es una actividad violenta. En la cacería de animales, quien caza se presume más inteligente que el cazado: aquel tiene el poder de engañar inteligentemente. Este acto implica un arduo seguimiento a través del territorio de la víctima para sacarla de allí o confundirla. La cacería significa ir envolviendo. Para el cazador, significa conocer muy bien el territorio y distinguir las señales que indican la presencia de su caza.

¹⁵ Lina María. Entrevista. Bogotá, 15 de agosto, 2010.

La cacería es, tradicionalmente, una actividad masculina. Da prestigio a los hombres. Entre los indígenas es una actividad de iniciación, en el camino del niño hacia su vida de joven, en capacidad de formar una familia. Es también un ritual que tiene implicaciones religiosas y médicas: atrapar el ser del otro, reducirlo, significa capturar su energía. Es la práctica de los médicos tradicionales en el momento del éxtasis curativo, cuando se adentran en otro tiempo y otro espacio para atrapar a la entidad que se presume responsable de un mal físico o espiritual en un humano (Descola 2012).

En la cacería de la trabajadora sexual a su futuro cliente, el hombre quiere ser cazado, no ve con malos ojos el intento de la mujer. Ella va a la caza de su dinero. Es una competencia, porque otras mujeres tienen también ese mismo objetivo. Esa cacería de la trabajadora sexual busca, más allá del dinero, el dominio de la esfera sexual de su cliente. Ella atrapa su deseo sexual y busca mantenerlo consigo, para que, de ese modo, el cliente siempre regrese para estar con ella, para estar completo. Un estudio de Nieto (2011) agrega un elemento a la interpretación de la cacería en los contextos de prostitución en Brasil; la lleva al plano de las relaciones que la trabajadora sexual mantiene con su esposo, con su chulo o con su cliente. Muestra que tanto en el uso que el hombre hace de la mujer como en el uso que la mujer hace del hombre, está presente la acción de ser comido, de apoderarse del otro, una depredación entre personas relativamente cercanas por efecto del negocio, el deseo y las relaciones familiares. El concepto *depredación* también incluye el elemento de la violencia física que sufren ellas y que puede estar presente en las relaciones con los clientes, los chulos o la policía (Ditmore 2011).

La particularidad de la cacería de la trabajadora sexual es que se hace frente a frente. Ella observa al cliente y no solamente lo ve, sino que se fija en los detalles. Ella se precia de que al observarlo, graba, con la fidelidad de una cámara de video, que retiene los detalles que le dan pistas sobre su identidad o de sus intenciones. Los detalles le brindan información que, sospecha, no está lejos de la verdad. Deduce cuánto dinero puede tener el hombre por las uñas, los zapatos, el tipo de corte de cabello, su reloj, si tiene cadenas en el cuello, el tipo de licor que consume, y sus ademanes. Entonces ella decide si se acerca o no, si coquetea o no:

Llegó un flacuchento de camisa a rayas manga larga, azul, marca Náutica, con blanco; una correa Náutica azulita más oscurita, un

pantalón caqui y los zapatos que tenía, unos tenis Adidas, y todo peludito, pero muy flaco [...]. Y le miré las manos y las tenía bien limpias, bien arregladitas.¹⁶

Allí, en Cuadra Picha, en ese bar que no es burdel y permanece abierto hasta las tres de la mañana, ella busca que aquel acepte pagarle por ir a tener sexo a una de las múltiples “residencias” (moteles) del barrio, o intenta que, luego de esa hora, el individuo la acompañe al burdel donde ella trabaja. Aún mejor, después de estar con el cliente en el motel irá a su lugar de trabajo, si es que el cliente no tiene dinero para pagarle la “amanecida” (compartir el cuarto juntos y tener sexo tantas veces como el cliente pueda, hasta que sean las seis o las ocho de la mañana); o, si tiene mucho dinero y está encantado, podrá pagarle uno, dos o tres días o toda la semana.

5. UN LUGAR MUY CALIENTE Y TERRITORIALIZADO

El burdel es, de forma literal, un sitio caliente: aun en clima frío, a las tres de la madrugada, un burdel en una ciudad como Bogotá es un invernadero. La temperatura, por efecto de las luces, del movimiento de los cuerpos, del licor que se consume, está unos grados por encima de la del exterior. Por supuesto, cuando el lugar está solo, esto no ocurre. Ninguna trabajadora sexual se atrevería a utilizar la categoría ‘caliente’ cuando el lugar se encuentra vacío. Caliente es el adjetivo que usan las trabajadoras sexuales, los delincuentes, los integrantes de los grupos armados que acuden a verlas, y los individuos que por diversas razones, habitacionales o económicas, tienen relación con esas zonas. Quizás la palabra que más se acerca al significado de ‘caliente’ es ‘peligroso’. Una zona es caliente, en el ámbito urbano o en el ámbito rural colombiano, cuando es peligrosa para la integridad de los individuos que la habitan, o transitan por ella. Es caliente por la posibilidad de la fricción entre los distintos individuos que la habitan, o entre las distintas facciones en disputa por un territorio, o porque allí los delincuentes aprovechan para robar a quien pase. Una zona puede estar de antemano caliente o calentarse poco a poco. Un lugar que no es caliente se vuelve así cuando surge un conato de bronca: esto implica, para los individuos, participar

16 Lina María. Entrevista. Bogotá, 15 de agosto, 2010.

directa o indirectamente de la misma. Por ello, el adjetivo caliente se aplica a ese proceso que ocurre en un lugar¹⁷.

Las mujeres que trabajan en uno de los burdeles de este sector de domingo a domingo, —eso depende de la necesidad económica de cada una, no son obligadas a quedarse día tras día—, tienen asignada, para su vivienda, una casa modesta de dos niveles ubicada en las proximidades del burdel, en una calle residencial del barrio. Allí viven hasta diez mujeres pagando la renta. Comparten las habitaciones, el trabajo de aseo. La convivencia no es fácil por las costumbres y personalidades de cada una, por las envidias que surgen durante las largas jornadas laborales¹⁸ y porque muchas de ellas consumen drogas y alcohol de forma cotidiana¹⁹. Pero el conocimiento que adquieren las unas de las otras es

17 ‘Caliente’ también tiene una connotación sexual en la cultura colombiana. Una mujer o un hombre pueden estar calientes cuando quieren tener sexo. De la misma forma, línea caliente se le dice a un número telefónico en el que se encuentra, al otro lado de la línea, a una mujer o a un hombre con quien se pueden tener conversaciones pornográficas. Pero las raíces del uso de la palabra caliente como sinónimo de peligroso o como sinónimo de excitación sexual pueden buscarse en otras direcciones: en Colombia y en otros países de América Latina, como Ecuador, Perú, Bolivia, los médicos tradicionales indígenas clasifican a las enfermedades entre calientes y frías (Portela 2002). Las enfermedades calientes están relacionadas con la época de verano y se manifiestan con la subida de la temperatura corporal. En ese sentido, la idea de un cuerpo caliente como peligroso podría estar relacionado con la idea de que un espacio físico que se calienta, también se torna peligroso.

Lévi-Strauss (1979) también empleó la palabra caliente para definir a aquellas sociedades tremendamente preocupadas por su historia presente y por su obsesión con el llamado progreso.

En los estudios sobre comunicación de masas son conocidas las clasificaciones de medios fríos y medios calientes, estos últimos como los que el espectador debe estar más concentrado para captar el sentido del mensaje del mismo (McLuhan 1964), postura que a lo largo de las últimas décadas ha sido objeto de fuertes críticas.

18 La convivencia de muchas trabajadoras sexuales en horas no laborales no es una situación exclusivamente colombiana. Estudios en Centroamérica, Norteamérica, Europa y Asia refieren casos similares. Resaltan la fricción que ello causa entre las habitantes de los burdeles y la cultura que se genera en el encierro (Zheng 2009, Kelly 2008, Lagarde 2003).

19 Es necesario decirlo. Las mujeres mencionadas en este trabajo consumían alcohol en todas las ocasiones en las que las frecuenté, en las noches en los burdeles.

detallado. Algunas mujeres también llevan un diario en el que anotan las cuentas de sus ingresos y egresos, y envían dinero a sus hogares para ayudar con los gastos²⁰.

Durante el día, entre las cinco de la mañana y las seis de la tarde, a veces se reúnen para contarse las situaciones ridículas que pasaron con un cliente, se quejan de los maltratos verbales o físicos recibidos en la jornada transcurrida, cuentan sus relaciones sentimentales con algún novio, recuerdan a sus parientes, hablan de la vida de antes de ejercer ese oficio, hacen rituales para llamar el amor o el dinero, o sus diligencias personales en otros sectores de la ciudad (Ariza 2010).

En otros burdeles de la zona, las habitaciones donde estas mujeres pasan sus horas no laborales son las mismas en las que reciben a sus clientes. En otros, son cuartos específicos con camarotes. Estos espacios de encuentro crean relaciones sociales, cuyos efectos alcanzan los espacios y las acciones vinculados con la cacería del cliente. Las alianzas o enemistades se trasladan al burdel y afectan las relaciones que ellas tienen con sus clientes.

En el burdel, en la zona de atención a los clientes en las mesas, las trabajadoras sexuales no dejan de observarse-vigilarse. Algunas permanecen atentas al arribo de un nuevo cliente, con la esperanza de ser llamadas. Otras esperan un cliente con el que de antemano se pusieron de acuerdo para hablar. Y en este proceso de espera de los clientes y de cacería de clientes se presentan fricciones.

Pero ello no sucedía cuando las encontraba en el día fuera de su trabajo. Recuérdese que la sobrevivencia de ellas en la prostitución tiene que ver también con el control del consumo de estas sustancias, ya que de ello depende el éxito en la consecución de clientes y su bienestar en las relaciones con su pareja, sus hijos y su familia, sus empleadores y/o empleados. Saben que los excesos de alcohol y drogas implican un mayor desgaste de sus cuerpos, y eso repercute, a largo plazo, en sus ganancias. Sin embargo, las mujeres consultadas para esta investigación, advierten de la existencia de mujeres que ejercen la prostitución en burdeles o, incluso en la calle, que no consumen licor y drogas en el ejercicio de su trabajo.

20 Se debe tener en cuenta que ellas se desplazan continuamente, y que algunas mujeres pueden no pertenecer a la región en donde se encuentra el burdel.

Como cada una de estas mujeres tiene una concepción de su propia belleza y sabe a qué tipos de clientes les es posible acceder (Lina María, com. pers., 11 de septiembre del 2010), puede ocurrir que una mujer piense que el hombre que recién llega al burdel tiene muy mal aspecto y que se merece otro individuo, y de ser llamada por ese individuo, simplemente lo rechaza. Sin embargo, si ella actúa de tal modo, ese pequeño detalle puede generar envidia de parte de sus compañeras: las demás pueden acusarla de creerse “la vaca que más caga”, es decir, que cree desempeñar el oficio de trabajadora sexual mejor que cualquiera. Así mismo, se cuidan de parecer “necesitadas”. Mostrarse ‘necesitada’ es dejar ver en su actitud que requiere rápido un cliente: eso se nota si tiene una actitud “lanzada”, si es ella quien toma la iniciativa al acercarse a un hombre, o si, inmediatamente luego de acercársele, quiere que el hombre, en dos minutos, desocupe su licor y le pague a ella el “rato”.

En ese escenario de fricciones silenciosas, ellas no solo ven las mesas, la barra y la pista de baile. Observan territorios. Las mujeres sin clientes, sin mesas, están divididas por grupos, sentadas o de pie, conversando o concentradas en sus teléfonos móviles. Pero están en sus territorios. Conocer la plaza, en este caso el burdel, implica también conocer las ventajas y desventajas de determinada ubicación dentro del establecimiento. La escogencia de un territorio depende de diferentes variables: la cercanía de un baño, del cuarto, de la salida, de las mesas para cierto tipo de clientes, de dónde se ubican las amigas y las enemigas. Incluso antes de que el cliente llame a una mujer puede existir un acuerdo previo entre las mujeres que, en ese momento, se encuentren en el bar. El acuerdo está fundamentado en cuestiones como quién atiende cada sector del burdel, o en apuestas o compromisos como: “usted se sienta con el primer cliente que llegue sin importar cómo sea”. Se expresa, también, en alianzas entre dos o más mujeres, para hacer todos los esfuerzos posibles por impedir que las otras chicas del establecimiento puedan acceder a los clientes, y poderse quedan con los mejores, con los que más dinero parecen tener.

Elas vieron que estando conmigo conseguían más “parche”, y comencé a territorializar el “parche” y ya no me sentaba en la barra, si no que me sentaba en una mesa que quedaba junto a la pista y que era como para que se sentaran como 10 personas; y ya iba y me

sentaba y ellas se sentaban conmigo y comenzaban: entonces a la que llamen primero se jala a todo el “parche”, y me llamaban y me iba con mis amigas, y así comenzábamos a trabajar”.²¹

Queda presente el sentido de las alianzas y la importancia de la ubicación de las mujeres en el burdel. Es lo que ocurre también con la cercanía que buscan con la pista de baile, un espacio vital en el proceso de negociación entre trabajadora sexual y cliente, y lugar privilegiado de observación: es el faro desde el que se mira la tormenta (Ariza 2010, Luna 2004). Estar cerca de la pista de baile significa, para la mujer, poder desplegar su habilidad dancística —los primeros meses de su actividad en el trabajo sexual los pasan perfeccionando está habilidad—, incluso cuando el cliente está sentado. La categoría, la distinción de un burdel —afirman— está en si tiene o no pista de baile²².

6. ¿QUIÉN ACABA DE ENTRAR?

Un cliente que llega a un burdel de la avenida Primero de Mayo debe cumplir unas normas no escritas: tener dinero con qué pagar, no ir armado y no hacer escándalo (Avila 2014; Ariza 2010; Luna 2004). Las demás reglas están relacionadas con el respeto que el usuario debe tener con las mujeres, ya que, como diría una de ellas jocosamente, el cliente no puede tocar la “mercancía” antes de haberla pagado.

Al cliente se le requisita y es conducido a una de las mesas. Él pide aguardiente, ron o *whisky* (si pide cerveza ninguna de las mujeres del establecimiento se va a sentar y mucho menos bailará con él, porque la cerveza, más económica que los otros licores, indica que el hombre

21 Lina María. Entrevista. Bogotá, 11 de septiembre, 2010.

22 La pista de baile, en Colombia, existe también en las tabernas o discotecas, en cuya decoración y estructura interna son semejantes a los burdeles —espacios de poca luz en los cuales abundan los espejos, y la nieve carbónica fluye de vez en cuando—, aunque con varias diferencias: las tabernas y las discotecas no tienen en el centro de la pista el tubo para realizar el famoso baile, ni tienen imágenes explícitamente pornográficas. Tampoco hay habitaciones para el uso de los clientes; pero, por otro lado, las tabernas y discotecas son también espacios de seducción y conquista para hombres y mujeres, y es posible que a estas también acudan trabajadoras sexuales en caza de clientes, como ocurre en Cuadra Picha.

no tiene dinero). Luego, el cliente se pone en la tarea de escoger o llamar a alguna chica con quien quiera acompañarse y compartir el licor.

Cuando la mujer se sienta a la mesa con el hombre que la llama, se pone en marcha el protocolo de acercamiento —de negociación— entre los dos, —uno de los temas más referenciados en los estudios del trabajo sexual— (Ariza 2010; Zheng 2009; Delacoste y Alexander 1998; Luna 2004²³), y a la par surge un protocolo destinado al trato de la “mercancía” (el cuerpo de ella). Mientras conversan, él trata disimuladamente de tener un acercamiento a los senos, a la boca, y a la vagina a través de la broma, el juego, las frases de doble sentido, los autoelogios con respecto a su potencia sexual. Ella, por supuesto, es quien alimenta el juego, es quien pide que le cuente más. Pero si en algún momento el cliente se sale del juego, si rompe la magia y pasa a ser un “cretino”, “guache”, “grosero”, “sucio”, sin tener en el burdel ningún tipo de respaldo que se lo permita (que él mismo sea el dueño o muy amigo del dueño, o que, previamente, haya ofrecido pagar una cifra muy alta para sobrepasarse); o si intenta manosear la “mercancía”, o si la falta de respeto ocurre dentro de la habitación, si quiere saltarse el acuerdo establecido de hasta dónde se le había permitido tocar o hacer, si quiere saltarse el tiempo límite del “rato”, entonces la furia de los encargados de la “seguridad” cae en instantes sobre él, es sacado discretamente y golpeado. Esto es posible porque en el burdel existe una red de información, que es, al mismo tiempo, red de seguridad, al servicio de todas las mujeres que trabajan allí, y también al servicio del dueño o del administrador del sitio, cabeza de la red (Ariza 2010, Celis 2002).

La red inicia en el “jalador”, la persona que en la calle se le acerca al futuro cliente para contarle cuáles son los precios de la bebida, quien, en ese instante, está formándose un juicio con respecto al nivel socioeconómico del cliente. Le mira los zapatos, los bolsillos del pantalón, y escucha su acento. Si sus palabras convencen al cliente, este es requisado al ingresar

23 El protocolo que se desarrolla entre la prostituta y el cliente es un tema ampliamente desarrollado en las etnografías realizadas en el campo del trabajo sexual en Colombia y del mundo. Algo del mismo protocolo ha sido mencionado en el presente artículo, al describirse la primera fase del acercamiento entre trabajadora sexual y cliente. Conocerse, luego acercarse y después negociar. Los códigos culturales específicos de cada lugar son, o deben ser, seguidos al pie de la letra para quien participa de esta actividad.

al burdel para impedirle entrar armas o licor, pero también para saber qué otros objetos porta. El detalle que le permite sacar conclusiones a quien requisa es la textura de los elementos que palpa: si lleva celular, el tipo de celular que puede tener, y si lleva dinero, cuánto puede llevar, si es que ha notado un fajo entre sus pertenencias.

La red continúa en la mesa cuando ella conversa con el cliente, o cuando ya el “jalador” o el que hizo la requisa, o un mesero, conduce al cliente hasta determinada mesa con el fin de que sean determinadas mujeres las que lo atiendan. Y los detalles que ella observa aquí se multiplican²⁴: ¿qué tipo de cliente es? ¿Es una persona educada o no tiene educación? ¿Está “necesitado” o no? ¿Se le ve limpio o sucio? ¿Qué profesión tiene? ¿Es una “rata”?²⁵ ¿Es un cliente que fuma, es un cliente que va muy a menudo al baño? ¿Qué dicen los meseros que lo vieron entrar al baño, alguno lo siguió? ¿Lo escucharon aspirar cocaína? ¿Tiene mugre en las uñas? ¿Se las come? ¿Se concentra en la conversación de su propia mesa o, por el contrario, su atención se disipa hacia otros lugares, otras mesas, otras trabajadoras sexuales, o hacia las pantallas de televisión que muestran imágenes con primeros planos de órganos sexuales copulando? (Es decir: ¿es un cliente que se evade o un cliente que está centrado, que está en lo que está?). Y señas —bailar bien, por ejemplo— que indican cómo puede ser el cliente en la cama, o cómo se encuentra de salud²⁶, o qué tipo de comportamiento se puede esperar de él en la habitación, si es que ya está a punto de concretarse el “rato”.

24 Los detalles en los que se empiezan a fijar me fueron contados por ellas, y extraídos de varias entrevistas y conversaciones.

25 La manera como en estos contextos se les dice a los delincuentes o, en general, a todos aquellos individuos que por su profesión deben andar armados, aunque en el burdel no puedan ingresar sus armas. A una rata ellas le dan un trato distinto que a los demás clientes: estas mujeres sienten admiración por ellos, respeto y miedo (admiran su habilidad para robar, para mentir, su capacidad de camuflarse y su temeridad).

26 Esta preocupación por el estado de salud del cliente hace parte, también, de la observación de ella. Al tener al cliente tan cerca, en la mesa, puede ver su piel, sus ojos, sus manos, puede sentir su aliento, notar su voz y, en algunos casos, puede pedirle a uno de los empleados del bar que lo siga al baño, si es que en efecto la observación de lo anterior le ha generado dudas sobre la salud del cliente. La sospecha sobre un mal estado de salud puede llevarla a ella a desistir de acostarse con él. Igualmente, puede negarse aun cuando estén dentro del

En Colombia —uno de los 26 países en el mundo que actualmente vive un conflicto armado interno desde hace más de cincuenta años (Guzmán, Fals y Umaña 2010; Salamanca 2007; Cuartas 2006)— no es extraño que a ciertos burdeles de ciudades como Bogotá y, específicamente, en el sector al que se refiere este trabajo²⁷, “entren policías, soldados, lleguen guerrilleros, lleguen los paramilitares disfrazados de delincuencia común, lleguen los exconvictos o presos y la delincuencia común, el jalador de carros”²⁸. Llegan también pandilleros, ladrones de bajo perfil (y existe una clasificación en la cultura colombiana para los ladrones, de acuerdo con la especialidad que tienen), a quienes ellas también distinguen por aspectos muy notorios en sus formas de caminar, tratar, hablar, mirar, o los gestos de sus bocas o sus manos.

7. UNA VIOLENCIA CALCULADA

Dije que ellas trabajan en una plaza que incluye al burdel, las tabernas y los bares; y que el burdel es un lugar caliente que también se llama plaza²⁹ en el que el cliente está bajo observación. Pero el exterior del burdel también está bajo observación con el fin de proteger —de evitar los robos— a las trabajadoras sexuales, a los clientes y a la plaza, así como también para garantizar la eficacia en la venta de estupefacientes y la venta de licor en horas no permitidas. Para hablar de ello acudo a un fragmento —modificado— de mi diario de campo³⁰.

Son las 3 a. m. Una multitud de personas sale de los bares de Cuadra Picha y sus alrededores. Han llegado dos patrullas de la

cuarto y ella encuentre alguna evidencia de que el cliente tiene alguna enfermedad de transmisión sexual.

27 Que no es el único sector de prostitución en Bogotá, ni el único que estas personas frecuentan.

28 Ricardo, administrador de un burdel. Entrevista. Bogotá, 19 de febrero, 2011.

29 Y el éxito de su trabajo también está en el conocimiento del territorio circundante, y de las relaciones sociales que ellas tienen fuera del burdel. Relaciones vinculadas directamente con el vecindario y con la adquisición de servicios que ofrecen allí: el peluquero, el farmacéuta, el dueño del restaurante, el dueño del supermercado, el sastre, el jíbaro (expendedor de alucinógenos), el vigilante personal, las relaciones sociales que establecen con los habitantes, con los vecinos que no son dueños de establecimientos, etc.

30 Sábado, junio 4 del 2011. Vale aclarar que situaciones similares a las narradas, fueron presenciadas, a menudo.

policía para aligerar la dispersión de la masa, prenden sus sirenas, pitan y provocan un ruido escandaloso. Hacen avanzar sus patrullas en medio de la gente, muy despacio, para que se muevan. Los policías que avanzan en moto también ejercen la misma presión. Un paisaje ruidoso, Cuadra Picha, irónicamente se silencia con ruido.

Es un método violento en sí mismo. La amenaza constante del uso de la fuerza que puede recaer sobre individuos que por su estado de alicoramiento están muy cerca de violar el Código de Policía, si quieren desafiar esa presión. Una violencia calculada, diseñada, no para espantar, sino para advertir.

Ya son las tres y cinco a. m. El Decreto 345 del 2002 expedido por la Alcaldía de Bogotá (Régimen 2011) indica que después de las tres, los expendios de licor deben cerrar. Esto no es lo que ocurre sobre la avenida Primero de Mayo: allí se encuentran los burdeles, a doscientos metros de Cuadra Picha. A medida que subes en dirección oriente-occidente encuentras otra vez a los “jaladores” de los sitios que ofrecen en voz baja llevarte con “lindas chicas” para continuar el *after party* hasta las cinco o seis de la mañana. Ha ocurrido allí un “travestimiento comercial”. Varios de los que eran bares hasta las tres a. m., ahora tienen habilitado un piso superior que empieza a funcionar como burdel y anuncian que el precio de la cerveza se ha duplicado.

Frente a esos sitios, una escena triste, violenta, casi invisible. Pareciera que no ocurre porque nadie da muestras de que la ve, pero muy probablemente todos la perciben. Quienes golpean a un joven en el piso son otros tres jóvenes, pero la violencia que infligen parece ser, de nuevo, calculada. Aparte de las patadas que le dan en las piernas y en los costados, uno de los agresores toma la cabeza de la víctima y la estrella contra el pavimento. Es un remedo de lucha libre profesional, ese espectáculo en que los golpes son falsos. El agredido, luego de la golpiza de menos de un minuto, cruza la avenida descalzo y sin sangre en su ropa. No se tambalea. Sus zapatillas las lleva uno de sus atacantes, que se va con ellas y con sus amigos, mientras las mira, mientras aprecia su calidad. No había policía cerca, nadie gritó ni se detuvo a ver, nadie corrió a defender al agredido y nadie quiso saber nada.

En la agresión que relata el diario de campo, ninguna persona quiso involucrarse por alguna de estas dos razones: una, pensaban que era un robo y los ladrones son gente peligrosa que no tienen ningún problema en herir o matar a quien se meta; o, la razón más probable, que la escena ocurría en frente de todos los burdeles, que ya eran más de las tres de la mañana, y esto implica que la red de seguridad de esos sitios lo acepta o, incluso, que los agresores hacen parte de ella. Además, cuando se conversa con quienes acuden a estos sitios, se rumora en baja voz que entre los acuerdos que adquieren los dueños de bares y burdeles con la policía, para que estos no impidan la continuación de la fiesta —obviamente a cambio de dinero y de una atención preferente si es que, vestidos de civil, acuden después de las tres de la mañana a frecuentar a sus “lindas chicas”—, está el compromiso de evitar que la seguridad se deteriore. Es decir, que no ocurran situaciones que puedan convertirse en cifras oficiales que escandalicen a la comunidad en la esfera pública como cuando hay muertos³¹. Si existe ese compromiso, las agresiones tienen, además, una fuerte carga simbólica y expresiva como espectáculo visual para quienes en ese momento abandonan la zona (un cierto tipo de espectáculo que se mira de reojo y que nadie se detiene a ver). Así, quienes asisten en calidad de clientes o público observan en la calle, cada noche, lo que les podría ocurrir en caso de que violen las reglas no escritas que existen para esta plaza, cuyo mensaje es siniestro: que se puede estar “tranquilamente” allí, disfrutar de la fiesta, los bares, el baile, las mujeres, los hombres, la vida, aceptando precisamente que esas golpizas hacen parte del precio colectivo que se debe pagar por la tranquilidad.

31 La situación de conflicto armado en Colombia, en las últimas décadas, acarrea la presencia de grupos paramilitares y grupos guerrilleros, que se disputan, también, el control del territorio en las diversas regiones del país. Una manera de evidenciar el poder de un grupo armado en una zona es la práctica del cobro de impuestos a los comerciantes, quienes, en contraparte, reciben seguridad para sus negocios. Las autoridades de Policía hablan de la existencia de bandas criminales que, en la actualidad, realizan la misma labor, y la zona a la que se refiere este trabajo no está exenta de ello (Avila 2015; Torres 2011; Salamanca 2007).

8. CONCLUSIONES

La observación de la plaza es solo una de las múltiples actividades de las trabajadoras sexuales, en el ejercicio de su labor. Esta singularidad debe recordarnos las difíciles condiciones (la violencia física y simbólica; la transformación a la que deben someter sus cuerpos; el riesgo de ser víctimas de la trata y el tráfico de personas) en las que se realiza el trabajo sexual (Mejía 2006; Luna 2004; Robayo 2001). En su condición de mujeres en una sociedad capitalista, su experiencia está bajo la influencia de un sistema sexo-género que las pone en situación de inferioridad frente a lo masculino y que en ese millonario mercado del sexo, las trata y las representa tanto a ellas como a su sexo como mercancía (Cacho 2010; Skilbrei y Holmström 2008; Rubin 1986).

Importante anotar que, en las investigaciones de este tipo, parte del estigma (Goffman 2003) sobre las mujeres que se dedican al trabajo sexual, recae también sobre quienes se dedican a estudiarlas, o que emprenden análisis relacionados con el mercado del sexo (Díaz 2010; Chancer 1998). Esta situación varía, dependiendo del género de quien hace el estudio, pero no significa que los alcances de una investigación sobre trabajo sexual sea afectada, a priori, por la condición de hombre o de mujer. La afectación puede darse por los prejuicios de quien investiga, debido a que el o la analista arrastra consigo las representaciones que, sobre el trabajo sexual se han construido históricamente en su comunidad (Losso 2010; Díaz 2010; Nieto 2010; Kelly 2008; White 1990).

Una vez más, el trabajo de campo etnográfico permitió entrever una faceta, de cierto modo, desconocida dentro de la actividad de las trabajadoras sexuales en Colombia. Facilitó centrar la mirada en un momento de sus vidas en su trabajo y apreciar de qué modo la cacería de sus clientes es una práctica en él, comprensible solo en el marco de las otras dimensiones de la vida cotidiana de estas mujeres. Así, ese trabajo, es una actividad que cada una desarrolla de manera independiente, pero que se alimenta del intercambio y del aprendizaje continuo de saberes que son compartidos por las demás trabajadoras.

Describir las observaciones de estas mujeres fue, al tiempo, parte del proceder epistemológico-metodológico para el desarrollo de esta investigación. Este ejercicio solo resultó posible después de conocer los espacios que habitan, y sus formas de pensar y clasificar el mundo. La recopilación de datos presentes en esas observaciones estuvo enfocada

en la observación individual del etnógrafo; la observación del etnógrafo en compañía de ellas, desde la mesa en el burdel, y la entrevista, generalmente fuera del burdel, en horas de descanso. Todo esto significó entender por qué observaban, de tal o cual modo, a través del recuento de sus experiencias diarias, e implicó sumergirse en los detalles de sus encuentros con los clientes, y responder a la pregunta: ¿en dónde fijan la mirada cuando ven a un futuro cliente? Entonces lo elaborado en el presente artículo, sobre lo que las prostitutas observan, es una abstracción con base en la observación y las narrativas de estas sobre decenas de los encuentros con sus clientes. La manera como ellas conocen, viven y describen su plaza, en esa búsqueda y necesidad de acumular conocimiento para sobrevivir y redundan en la conciencia de cada una sobre su ubicación simbólica y geográfica, tanto en un universo de relaciones sociales como en el territorio del burdel. Por ello, el punto de vista antropológico no fue el etnógrafo quien lo estableció. Dicho punto no estaba en la superficie, en lo más evidente (trabajadora sexual recibe dinero al permitir la utilización de su cuerpo con fines de satisfacción sexual), sino en una dimensión invisible para quienes desconocen la naturaleza de su trabajo. En este caso, en la profundidad de la vida cotidiana, en la acción-tiempo de observar, acción que reconocen y reivindican como de suma importancia en la estructuración y sostenimiento de sus vidas en el trabajo sexual.

La capacidad de observación de estas mujeres en el burdel y fuera de él es la prueba de un conocimiento adquirido sistemáticamente, a partir de su contacto con los clientes, con sus compañeras de trabajo y con los demás empleados del sitio. Su lucha, en este medio, es por observar cada día mejor y con mayor detalle. La observación, que se produce desde diversos ángulos y registra distintas alturas (una cosa es lo que se observa arriba de la mesa y otra lo que ocurre debajo de esta), es a la vez individual y colectiva: es la suma de muchos ojos mirándolo todo, la suma de muchas manos inspeccionándolo todo y la suma de muchos oídos escuchándolo todo sin que parezca que lo están haciendo. La observación del cliente es solo *un* nivel dentro del conjunto de niveles de mira que tienen lugar en un burdel. Los demás niveles se diferencian, dependiendo de quién observa. En el nivel de los empleados hombres, la observación se enfoca en que el cliente no haga daño a las trabajadoras sexuales ni al establecimiento, y en revelar información sobre el cliente, que vaya en beneficio de la trabajadora sexual y del establecimiento.

Pero, a su vez, cada uno de los trabajadores y las trabajadoras del burdel se observan entre sí. Nunca se sabe quién puede robar un trago de una mesa y pasarlo a otra. Tampoco se sabe quién puede robar un objeto de uso personal. De manera que la observación —en la relación trabajadora sexual-cliente en la zona pública del burdel— es una de las claves del negocio de “putear”. Esto es: asegurar la circulación del dinero proveniente del cliente, para que llegue a los bolsillos de la trabajadora sexual y del administrador del establecimiento y, por su intermedio, a los demás empleados. Así, desde la visión de quienes manejan el negocio, ella es el cebo³² —para aludir una vez más a la cacería de cliente-dinero— que impulsa la circulación de moneda, al buscar que el cliente use su dinero en la compra del licor y del “rato”. Ellas son el engranaje principal de una empresa (el burdel) que produce dinero, basado en las habilidades histriónicas que las trabajadoras desarrollan. No profundizo en esto, en este artículo, porque el análisis del negocio, en términos legales y económicos, pone su foco, entre otros temas, en la trata de personas (Cacho 2010; ONU 2000); o bajo la luz de perspectivas neomarxistas, tendientes a señalar la explotación no solo del cuerpo, sino de lo más íntimo del ser. Esta dimensión también ha sido explorada desde enfoques neoliberales, en los cuales se afirma que cuando se asume la trabajo sexual como negocio legal, y en cuanto la mujer no tenga un chulo (*pimp*, proxeneta o rufián) que se beneficie directamente de ella, su participación en una empresa la pone en el mismo nivel de los demás trabajadores, y sus habilidades para competir, en ese mercado, son las que permiten la deseada y normal acumulación de riqueza (Ditmore 2011; Bolaños y Parrón 2003; Pheterson 2000; Jeffreys 1997; Pateman 1995)³³. Así mismo cabe destacar las corrientes analíticas que explican

32 Las diversas maneras en que se busca atraer clientes a los burdeles para que tengan sexo con las trabajadoras sexuales es una muestra. Las fotografías que se usan en los volantes (*flyers*) y el lenguaje utilizado en estos, las muestran como una mercancía para el consumo.

33 Debates que, por supuesto, también tocan a la sociedad colombiana. Según la interpretación de la Corte Constitucional, la prostitución no es “deseable, por ser contraria a la dignidad de la persona humana el comerciar con el propio ser. Pero [la Corte] no puede comprometerse en el esfuerzo estéril de prohibir lo que inexorablemente se va a llevar a cabo y por ello tolera como mal menor, es decir, como una conducta no ejemplar ni deseable, pero que es preferible

el trabajo sexual no en términos económicos, sino que hunde sus raíces en las discusiones sobre la libertad y en la autonomía de las personas sobre lo que pueden hacer con su cuerpos (Hammond 2010, Nieto 2010, Berkins y Korol 2007, Jeffreys 1997).

En este artículo, el tema se orientó hacia la descripción de un fenómeno que no es posible observar por aquel que, se supone, también observa —el antropólogo— y que subyace en las acciones de las trabajadoras sexuales, cuando conversan con sus clientes, de algo que hacen (observar) mientras lo están haciendo (conversar). Y ellas se precian de que al observar graban, y de que al observar no distorsionan. En este caso observar y grabar vienen a ser un mismo concepto. Es lo que hacen las cámaras de video, colocadas para la vigilancia, que hacen hoy del centro de una metrópoli o de cada hipermercado, un panóptico. En el burdel ellas hacen lo mismo en un primer plano, en múltiples niveles y con distintos objetivos, en un espacio donde la presencia de tantas personas observando con similares propósitos, permite que el gesto, la palabra o el detalle no se escape, sino que rebote, en el sentido de que si un detalle no es captado por un ojo lo será por otro: ninguna información escapa de allí³⁴, y lo que descubren al observar es a la vez una muestra

tocar y controlar, a que se esparza clandestina e indiscriminadamente en la sociedad” (Corte Constitucional 2011). La actividad de la prostitución en Bogotá se reglamenta por el Código de Policía (Concejo de Bogotá 2003), en los artículos 46 a 51 del cap. 4.º, los cuales, entre otros, se enfocan en la protección de los menores de edad, en los requerimientos higiénicos y de seguridad que deben cumplir los burdeles, y en los requerimientos de salud que deben tener las personas que la ejerzan.

34 No estoy utilizando el concepto de rebote que emplea Michael Foucault en la *Historia de la sexualidad* (1998), cuando habla de los mecanismos de rebote, como aquellos mecanismos generadores de tecnologías de control, que surgen como respuesta, ante un comportamiento que no se conoce y que por ello aún no se puede controlar. De la misma manera, el concepto de observación desarrollado en este artículo se distancia del concepto de mirada que él utiliza en *Vigilar y castigar* (2009), que aunque no la explicita como tal, sí se hace presente en el hecho de que la *mirada* de un individuo en su institución, la *mirada* del que vigila, la *mirada* del que está por encima del vigilado es, precisamente, la que encarna el discurso del poder de su institución. Por eso mismo he evitado el empleo de la palabra ‘vigilancia’ que tanto peso tiene en su discurso a la hora de referirse al establecimiento, la circulación y la influencia de las relaciones de poder. Como se ha visto, en mi análisis he privilegiado el concepto de

de su saber³⁵. Por tal motivo, observar es un concepto, en el burdel, que se amplía y el mundo conceptual de una trabajadora sexual está basado en él. Parafraseando a Geertz (1997), es una observación densa. Allí, observar es una cierta forma de vigilar, escuchar, sentir, tocar, atraer, pero, sobre todo, desenvolver, quitar la envoltura del otro o, por lo menos, intentarlo. Los clientes también observan. No lo he tratado aquí, pero lo hacen. Se observan entre ellos. Y observan, por supuesto, los cuerpos de ellas, y sienten envidia y, a veces, dolor, cuando la mujer a la que le han “echado el ojo” se va con otro. La observación ocurre aquí, para el cliente, como no le está permitido casi en ningún otro espacio. La observación en primera persona, la observación transgresora, unida a la participación en un lugar en donde se escenifica un tabú.

Este tipo de análisis hace que el concepto de observación participante merezca también una reflexión, o que, al menos allí, en la plaza, lo de observación y participante, unidos, sea redundante. Lo observado en el burdel requirió, para el etnógrafo, una doble traducción de parte de las mujeres. No solo de lo que significaban los gestos o las palabras, sino el sentido que adquirirían en un determinado contexto (Geertz 1997). Pienso en una frase de Jacques Derrida (1989): “todas las diferencias no [son] más que traducción (en un sentido no necesariamente lingüístico) de lo mismo que se proyecta o se refleja en órdenes diferentes”. La cuestión es si el etnógrafo tuvo la destreza para distinguir los diferentes órdenes en la traducción. Porque estuvo ahí (en la zona pública del burdel) durante mucho tiempo, pero su participación fue reducida. La imagen de la pared de vidrio que separa a las personas del interior del acuario me parece apropiada. No hay una real participación en ese momento. Se está —para acudir a un lugar común— muy cerca, pero al mismo tiempo tan lejos. Es preciso decir que el etnógrafo ha descrito una observación en las que ellas han colaborado con parte de la traducción de sus observaciones, una aclaración obvia si no fuese porque la manera de observar, de quienes

observación, presente en el lenguaje de ellas, en el momento de la interacción con el cliente en la zona pública del bar.

- 35 Comprendido aquí como un *continuum* de procesos y prácticas, a través de los cuales, estas mujeres definen la construcción, transformación y el uso de sus cuerpos (Kleinman y Fitz-henry 2008, Shilling 2008, Bourdieu 2007, Butler 2007, Pedraza 1999), que se basan en la observación y en la repetición de lo que observan.

trabajan en un burdel, se acerca, en este aspecto de la colaboración y la reciprocidad, a través del intercambio de información, a los fundamentos de lo que en ciencias sociales se le ha llamado la investigación-acción (Greenwood 2000).

9. EPÍLOGO

Y llega un día en que ese lugar caliente, la plaza, se les “calienta” a las trabajadoras sexuales aún más, debido a los problemas con algún cliente o con una de sus compañeras, y deciden mudar su sitio de trabajo. Entonces van a otro burdel, con la condición de que sea distante, en otra plaza, sin importar si es la misma ciudad, y aunque las conozcan o tengan conocidas. O simplemente hay épocas en las que, por cualquier razón, el sitio donde trabajan decae, no llega la clientela, y deben buscar suerte en otro territorio; escuchan de paraísos repletos de dinero y corren allá:

Entre todas hay rumores; entre todas cuando nos sentamos a hablar decimos: ‘ahí en tal pueblo, de verdad, marica, sí hay la plata’, y uno también allá comienza a contar historias de cómo los clientes llegan a uno y dicen: ‘eso es una chimba, irse para la Sierra, eso es buena plata’. Y a veces están aburridas en un prostíbulo y ya quieren cambiar y se quieren ir para otro, entonces arrancan de una vez, como lo que me paso a mí.³⁶

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ariza, 2010. “Las mujeres trabajadoras sexuales en el barrio Santafé en Bogotá”. Tesis de Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Ciencias Sociales. Fusagasugá: Universidad de Cundinamarca.
- Ávila, Ariel. 2015. “Mitos y realidades sobre la seguridad en Bogotá”. Consultado el 28 de marzo del 2015. <http://www.pares.comco/seguridad-urbana/1584/>
- Avila Garzón, Samuel. 2014. “Cuerpos del bajo mundo: prostitución y violencia en Colombia”. Tesis de doctorado, Universidad de los Andes.
- Bedoya, Angelica y Carlos Oviedo. 2008. *Alerta por consumo de nuevas sustancias psicoactivas*. Bogotá: Policía Nacional de Colombia. Escuela de Estudios Superiores de Policía. Consultado el 11 de junio del 2011. <http://www.policia.gov.co>.

36 Lina María. Entrevista. Bogotá, 24 de noviembre, 2010.

- Berkins, Lohana y Claudia Korol. 2007. *Diálogo: prostitución-trabajo sexual: las protagonistas hablan*. Buenos Aires: Feminaria Editora.
- Bolaños, Alicia y Nina Parrón. 2003. *Debate sobre prostitución y tráfico internacional de mujeres. Reflexiones desde una perspectiva de género*. Universidad de Vigo. Consultado el 11 de junio del 2011. http://webs.uvigo.es/pmayobre/pdf/debate_prostitucion.pdf
- Bourdieu, Pierre. 2007. *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, Pierre. 1999. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Butler, Judith. 2007. *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Madrid: Paidós.
- Cacho, Lydia. 2010. *Esclavas del poder: un viaje al corazón de la trata sexual de mujeres y niñas en el mundo*. Barcelona: Debate.
- Caldeira, Teresa Pires do Rio. 2000. *City of walls: crime, segregation and citizenship in Sao Paulo*. Berkeley: University of California Press.
- Celis, Francisco. 2002. *Colombia erótica*. Bogotá: Intermedio Editores.
- Chancer, Lynn. 1998. Prostitution and Feminist Theory. Notes from the Sociological Underground. En *Reconcilable Differences. Confronting Beauty, Pornography, and the Future of Feminism*. University of California Press. Berkeley, Los Angeles, Oxford.
- Concejo de Bogotá. 2003. "Código de Policía de Bogotá". Consultado el 11 de octubre del 2011. http://www.atesa.comco/datos/18A1_CODIGO/DE/POLICIA/BOGOTÁ.pdf
- Corte Constitucional de Colombia. 2011. Sentencias de la Corte Constitucional (1992-2011). Consultado el 17 de enero del 2012. <http://www.corteconstitucional.gov.co/>
- Cuartas, Juan. 2006. *Pedagogías de la violencia en Colombia*. Cali: Universidad del Valle.
- DANE (Departamento Administrativo Nacional de Estadística). 2011. Proyecciones de población. Consultado el 12 de octubre del 2011. <http://www.dane.gov.co>
- Day, Sophie. 2009. "Renewing the War on Prostitution: The Spectres of 'Trafficking' and 'Slavery'". *Anthropology Today* 25 (3): 1-3.
- Delacoste, Frédérique y Priscilla Alexander. 1998. *Sex Work: Writings by Women in the Sex Industry*. San Francisco, California: Cleis Press.

- Derrida, Jacques. 1989. Entrevista de Cristina de Peretti. *Política y Sociedad* 3 (Madrid): 101-106. Consultado el 9 de septiembre del 2011. http://www.jacquesderrida.comar/textos/derrida_entrevista.htm
- Derrida, Jacques. 1995. “*Teología de la traducción*”. En *Du Droit à la Philosophie*, París, Galilée, 1990. Trad. esp. de Grupo Decontra, en Jacques Derrida, *El lenguaje y las instituciones filosóficas*, Barcelona: Paidós. Consultado el 9 de septiembre del 2011. http://www.jacquesderrida.comar/textos/derrida_entrevista.htm
- Descola, Philips. 2012. *Más allá de naturaleza y cultura*. Buenos Aires y Madrid: Amorrortu Editores.
- Diago, Mónica. 2008. “Al son de ‘cuadra picha’”. *El Espectador*, 12 de octubre. Consultado el 11 de octubre del 2011. <http://www.el.espectador.com>
- Díaz-Benítez, María Elvira. 2010. *Nas redes do sexo: Os bastidores do pornô brasileiro*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Ditmore, Melissa. 2011. *Prostitution and Sex Work*. Santa Barbara, Calif.: Greenwood.
- Ehrenreich, Barbara y Arlie Hochschild. 2003. *Global Woman: Nannies, Maids, and Sex Workers in the New Economy*. New York: Metropolitan Books.
- Fabian, Johannes. 2002. *Time and the Other. How Anthropology Makes its Object*. New York: Columbia University Press.
- Foucault, Michel. 2009. *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. México, D. F.: Siglo XXI Editores.
- Foucault, Michel. 1998. *Historia de la sexualidad*, vol. 1. México, D. F.: Siglo XXI Editores.
- Geertz, Clifford. 1997. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Gil, Franklin. 2008. “Racismo, homofobia y sexismo. Reflexiones teóricas y políticas sobre interseccionalidad”. En: Wade Peter, Fernando Urrea y Mara Viveros (comps.). *Raza, etnicidad y sexualidades: ciudadanía y multiculturalismo en América Latina*. Bogotá y Cali: Universidad Nacional de Colombia y Universidad del Valle.
- Goffman, Erving. 2003. *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, Erving. 2004. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- González, Fernán. 2002. *Violencia política en Colombia: de la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Bogotá: Cinep.

- Greenwood, Davyd. 2000. "De la observación a la investigación-acción participativa: una visión crítica de las prácticas antropológicas". *Revista de Antropología Social* 9: 27-49. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Guzmán, Germán, Orlando Fals y Eduardo Umaña. 2010. *La violencia en Colombia*. Bogotá: Aguilar.
- Hammond, Natalie. 2010. "Tackling taboos: Men who Pay for Sex and the emotional researcher". En *New Sociologies of Sex Work*, edited by Hardy Sanders, Kate Kingston and Sarah. New York: Farnham, Surrey, GBR: Ashgate Publishing Group.
- Jeffreys, Sheila. 1997. *The Idea of Prostitution*. Melbourne: Spinifex Press.
- Kelly, Patty. 2008. *Lydia's Open Door: inside Mexico's most Modern Brothel*. Los Angeles: University of California Press.
- Kleinman, Arthur y E. Fitz-henry. 2008. "The Experiential Basis of Subjectivity. How Individuals Change in the Context of Societal Transformation". En Biehl, João; Byron Good y Arthur Kleinman. 2007. "Introduction: Rethinking Subjectivity". *Subjectivity. Ethnographic Investigations*. Berkeley: University of California Press.
- Lagarde, Marcela. 2003. *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México, D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- McLuhan, Marshall. 1964. *Understanding Media: The Extensions of Man*. NY: McGraw-Hill.
- Lévi-Strauss, Claude. 1979. *Antropología estructural: mito, sociedad, humanidades*. México, D. F.: Siglo XXI Editores.
- Lienas, Gemma. 2006. *Quiero ser puta*. Barcelona: Península.
- Losso, Juliana Cavilha Mendes. 2010. "Dos desregramentos da carne [tese]: um estudo Antropológico sobre os itinerários urbanos, territorialidades, saberes e fazeres de profissionais do sexo em Florianópolis/SC". Tese (doutorado), Universidade Federal de Santa Catarina, Centro de Filosofia e Ciências Humanas. Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social. Florianópolis, SC.
- Luna, Juan. 2004. "Detrás de las puertas. El burdel". En *Pobladores urbanos. Ciudades y espacios*, editado por Julián Arturo. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.
- Marting, Diane. 2001. The End of Eréndira's Prostitution. *Hispanic Review* 69 (2) (Spring): 175-190.
- Mejía, William. 2006. *La utilización de niños, niñas y adolescentes en la prostitución en el departamento de Risaralda: avances de un estudio sobre*

- la explotación sexual comercial de niños, niñas y adolescentes, escnna, y la trata de menores en Colombia*. Bogotá: OIM, Misión Colombia.
- Mutman, Mahmut. 2006. "Writing Culture: Postmodernism and Ethnography". *Anthropological Theory*, Vol. 6 (2): 153-178, 153-178.
- Nieto, José Miguel. 2010. *Guerras, trânsitos e apropriações: políticas da prostituição feminina a partir das experiências de quatro mulheres militantes em Porto Alegre*. Porto Alegre: Universidade Federal do Rio Grande do Sul.
- Nieto, José Miguel. 2011. "Banquete de homens. Sexualidade, parentesco e predação na prática da prostituição feminina". *Revista Brasileira de Ciências Sociais* 26 (75): fevereiro.
- ONU (Organización de Naciones Unidas). 2000. "Protocolo para prevenir, reprimir y sancionar el tráfico de personas, especialmente de mujeres y niños, art. 3.º". Consultado el 10 de diciembre del 2011. <http://treaties.un.org/doc/source/RecentTexts/18-12-a.S.htm>
- Overall, Christine. 1992. "What's Wrong with Prostitution? Evaluating Sex Work". *Signs*, 17 (4) (Summer): 705-724.
- Paez, Daniel. 2010. "Mapa de putas en Bogotá". *Revista Don Juan*, ed. 57. Consultado el 2 de febrero del 2011. <http://www.revistadonjuan.com>
- Pateman, Carole. 1995. *El contrato sexual*. Madrid: Anthropos.
- Pedraza, Zandra. 1999. *En cuerpo y alma: visiones del progreso y de la felicidad*. Bogotá: Uniandes. Depto. de Antropología.
- Pheterson, Gail. 2000. *El prisma de la prostitución*. Madrid: Talasa.
- Portela, Hugo. 2002. *Cultura de la salud Páez: un saber que perdura, para perdurar*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Red Bogotá. 2011. "Estratificación". Consultado el 29 de septiembre del 2011. <http://www.redBogotá.com>
- Régimen Legal de Bogotá D. C. 2011. "Decreto 345 del 2002, Alcalde Mayor". Consultado el 29 de septiembre del 2011. <http://www.alcaldiaBogotá.gov.co>
- Rettberg, Angelika. 2006. *Buscar la paz en medio del conflicto: un propósito que no da tregua: un estudio de las iniciativas de paz en Colombia (desde los años 90 hasta hoy)*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Ricoeur, Paul. 1996. *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Robayo, Claudia. 2001. *La prostitución en Bogotá: su dinámica y comportamiento como mercado*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Rodgers, Dennis. 2004. *Disembedding the city: crime, insecurity an espatal organisation in Managua, Nicaragua*. London: Development Studies Institute.

- Rubin, Gayle. 1986. El tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política del sexo”. *Nueva antropología* VIII (30) México, D. F.: 95-145.
- Salamanca, Mauricio. 2007. *Violencia política y modelos dinámicos: un estudio sobre el caso colombiano*. Bilbao: Alberdania.
- Sánchez, Fabio. 2003. *Conflicto, violencia y actividad criminal en Colombia: un análisis espacial*. Bogotá: Universidad de los Andes, CEDE.
- SDP (Secretaría de Planeación de Bogotá). 2011. “Homicidios por localidad”. Consultado el 13 de octubre del 2011. <http://sdpapolo013.dapd.gov.co>
- Shilling, Chris. 2008. *Changing Bodies. Habits, Crisis, and Creativity*. London: Sage.
- Skilbrei, May-Len y Charlota Holmström. 2013. *Prostitution Policy in the Nordic Region. Ambiguous Sympathies*. Farham: Ashgate.
- Steiner, Claudia. 2009. Almas en pena: una aproximación antropológica a las prácticas violentas en zonas de conflicto. En *A la sombra de la guerra: ilegalidad y nuevos órdenes regionales en Colombia*. Editado por Alvaro Camacho Guizado. Bogotá: CESO, Ediciones Uniandes.
- Torres, Iván. 2011. “Violencia política en contra de grupos urbanos. El caso de los hombres y mujeres jóvenes en Altos de Cazucá, municipio de Soacha, Cundinamarca”. *Revista de la fundación Foro nacional por Colombia* 73(mayo): 66-75.
- Uribe-Mallarino, Consuelo. 2008. “Estratificación social en Bogotá: de la política pública a la dinámica de la segregación social”. *Universitas humanística* 65 (enero-junio): 139-171. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Valencia, León, F. Hernández y Antonio Sanguino. 2005. *El regreso de los rebeldes: de la furia de las armas a los pactos, la crítica y la esperanza*. Bogotá: Corporación Nuevo Arco Iris, Cerec.
- Venema, Bernhard y Jogien Bakker. 2004. “A Permissive Zone for Prostitution in the Middle Atlas of Morocco”. *Revista Ethnology* 43 (1) (Winter): 51-64.
- White, Louise. 1990. *The Comforts of Home: Prostitution in Colonial Nairobi*. Chicago: University of Chicago Press.
- Zheng, Tiantian. 2009. *Red Lights: The Lives of Sex Workers in Postsocialist China*. Minneapolis: University of Minnesota Press. New York: Palgrave Macmillan.